

un compañero y amigo, dolerse al balar del recental y compadecer los dolores universales por donde pasan todas las criaturas, evitándoles ó aplazándoles en lo posible la muerte; así, no podía comprender como el honrado labriego, cooperador á la creación, afanoso por buscar cuantos gérmenes de vida en el mundo existen, cuidando del palomar y del gallinero y del establo y del aprisco y de la cuadra, como padre de tantos y tantos seres, se había podido convertir en verdadero verdugo, asentando sobre Francia la muerte. Y, á este pensamiento, enfermó la infeliz, en términos de que comenzara su agonía cuando comenzó su poder.

Dantón estaba desesperado. Quería como marido, como hermano, como padre, á su mujer, con todos los cariños, cariños desinteresados y puros. Así, hacía cuanto estaba en su poder, para convertirse de hombre público en hombre particular y privado, aunque siempre quedaría en él bastante de su estirpe, y como estadista verdadero, deseaba seguir un procedimiento y un método en armoniosa congruencia con los deseos de su santa é infeliz mujer. Nerviosa é impresionable, pero nada molesta, sabía la infeliz consumir dentro de sí las penas; y esta consunción moral de su alma, se convirtió en la consunción fisiológica de su cuerpo. Tímida por temperamento; callada por hábito; resuelta siempre á ser la sierva de aquel señor, tan comedido en la casa como descomedido en la calle; no se hubiera perdonado á sí misma, ni en el otro mundo, si le argüía la conciencia de haber dado un disgusto al hombre muy predilecto á quien diera por entero la vida. Yo estoy viendo ahora mismo su retrato, que revela una campesina muy fuerte, y dentro de su fortaleza, un carácter y un espíritu muy dulces. La virtud esplendente iluminaba su hermosura muy esclarecida y muy poetizada por cierta melancolía verdadera y profunda que disminuía y mitigaba mucho su bondadosa natural sonrisa. Amaba tanto, que ni la juventud procelosa ni los vicios innumerables de Dantón, cuyas heridas le asomaban en escandalosas cicatrices al rostro, la retrajeron de seguirle al tálamo nupcial, pues lo quería y como lo quería, no lo juzgaba. Jamás una reconvención por la vida particular del compañero de su existencia le asomó á los labios. Si algo sabía de desfavorable á Dantón, calláballo para todo el mundo, y por ende, calláballo á ella misma en silencio inviolable. Todas sus faltas le parecían excesos y exageraciones de sus calidades, creyendo en su alma como en una estrella benéfica y propicia. En este momento crítico de la vida del esposo, Madame Dantón vivía ya en su cuartito, situado por la Escuela de Medicina, entre dos cunas, y como estaba tan enamorada del hombre á quien diera su alma, y quería tanto los frutos del amor sentido con aquél, intercedía por todos los afligidos, por el bonachón de Luis XVI; por su mujer, más infeliz que culpada; por la infanta Isabel y la duquesa de Angulema, tan inocentes y angelicales; por el niño, por el pobre niño, á quien únicamente podía echarse nna sola culpa en rostro, la culpa de haber nacido, sin ser consultado para ello, en las alturas de un trono. Y de estas intercesiones de la esposa, mucho padecía el infeliz,

arrastrado por su destino con ímpetu á castigar en un tirano estúpido la tiranía inteligente de cien siglos; y este padecimiento se recrudecía cuando trataba de arrancarle á la libación de tan amargo cáliz una mujer tan querida y santa como su propia mujer. Aquella criatura, que, moribunda, se interesaba por la vida de los demás; que pronta por su destino adverso á separarse de sus hijos, deseaba juntar los padres y los hijos de otros; que anteponía el dolor causado por la próxima viudez de Antonieta entonces al dolor tan próximo que su inevitable viudez debía despertar en su esposo; intercediendo, rogando á gritos, y lloros, mientras la tierra se hundía bajo sus dobladas rodillas y la eternidad se acercaba envolviendo sus sienes y su frente, ofrece uno de los espectáculos morales más hermosos que guarda la Historia en sus recuerdos y merece que la veamos con espacio para fortalecernos contra el mal y consolarnos de tantas y tantas desgracias como nos presenta de continuo la triste humana vida. Lo peor del caso era que Dantón, por nadie ayudado en aquel trance amargo; sin la compañía de sus mejores amigos; envuelto en el oleaje de unas dificultades que lo anegaban en el abismo insondable; oponía negativas y más negativas al voto y deseo de su mujer, clavándole con ellas en el corazón un puñal que atenaceaba la vida de aquella infeliz y le traía rápidamente á más andar, la muerte. Solamente podía poseerle una esperanza, la esperanza de que los girondinos se diesen á partido, y le ayudasen á una política de misericordia y de perdón. Pero los girondinos estuvieron implacables. Unos influidos por la Roland; otros, enamorados de la virtud plutarquina; otros, creyendo en que la monstruosidad de Dantón aparecía menos escandalosa, pero más profunda que la monstruosidad de Marat, aquellos sacando con los dedos las cuentas del dispendioso ministerio dantoniano y releendo las listas de proscripción y de muerte que se aplicaron á las visitas domiciliarias y á las matanzas horribles de Septiembre, optaron por la muerte del Rey antes que por la reconciliación amistosa con el hombre, á quien creían el mayor criminal de Francia. «¿No perdonáis? Pues no seréis perdonados,» exclamó Dantón.

Mientras los verdaderos estadistas se absorbían á una en la cuestión del proceso, éstos promoviendo, aquellos retardándolo; un caso fortuito volcó el problema en los clubs y lo arrancó á la dirección intelectual de los primates y de los jefes. El armario de hierro se descubrió; y este descubrimiento cavó la fosa en que debía el cuerpo de Luis XVI enterrarse. Han por tal manera conseguido los escritores franceses popularizar con su ingenio y su claro lenguaje todo hecho histórico, considerado por ellos culminante, que, al nombrar el armario de hierro, como al nombrar la máscara de hierro, todo el mundo sabe de cuales objetos y de cuales sujetos se trata, lo mismo en el período de Luis XIV, que en el período de Luis XVI. Este último, desde que los viejos Estados generales se trocaron en la joven Asamblea Constituyente, no supo hacer otra cosa, sino conspirar contra la libertad, en vez de darse á ella con ingenua confianza, ó á ella resistirse con

verdadero valor. Y como conspiraba tanto, había menester miles de maniobras secretas, y en estas maniobras secretas, había de reunir muchos peligrosos papelotes. Reservas sobre los actos que pudieran parecer más espontáneos; protestas de medidas, á las cuales se creía compelido por necesidad inevitable y de las cuales pedía perdón así á la tierra como al cielo; consultas con los obispos insurrectos ó injuramentados sobre la manera de proceder con los clérigos heterodoxos y con los clérigos ortodoxos; perjuros solemnes y con solemnidad formulados de los juramentos hechos á la Constitución y á las leyes; envío de plenipotenciarios á las cortes europeas concitando los reyes extranjeros en favor de sus propios privilegios y en contra del derecho de Francia; excitaciones á las monarquías para que siguieran un proceder pesimista, y primero apelaran á los retraimientos, después á las armas; corrupción sistemática de todos, creyendo conjurar el éter de las ideas progresivas con el oro de las arcas reales; todo esto exigía muchos trabajos, todos estos trabajos exigían muchos documentos; y todos estos documentos un sitio muy secreto donde conservarlos y quitarles su terrible carácter acusador, más grave que todas las delaciones juntas. Pues no se le ocurrió al cuitado rey cosa mejor sino abrir una caja férrea en oscuro pasadizo de las Tullerías, cercano á su gabinete y encerrar allí papeles, bien mal guardados por cierto, y cuyo descubrimiento debía equivaler á una explosión haciendo saltar por los aires las Tullerías y el trono. Una mínima plancha de hierro y un mínimo tablero de caoba ocultaban por modo bien superficial, secreto tan profundo y peligroso. Debe decirse con verdad, para explicar con exactitud esta operación, que los trabajos de cerrajero á nadie maravillaban en Luis XVI, pues nació cerrajero, no monarca. Y como no maravillaban, dado el conocimiento universal de sus aficiones y de sus aptitudes, tampoco maravillaba la costumbre suya de asociarse camaradas hábiles y tratarlos, no como súbditos de su corona, como compañeros de su industria. Entre tantos colegas descollaba Gamain, robusto herrero de Versalles; con frecuencia citado al regio taller de cerrajería; y pagadísimo tanto del honor como del provecho, procurados á su persona y á su familia por aquella constante asociación al trabajo manual de un rey, más capaz del escoplo que del cetro. Años y años transcurrieron para el regio maestro y el humilde oficial entre cariñosas entrevistas, en que la confianza mutua de modo alguno tocaba, ni en familiaridad por parte del jornalero, ni en humillación por parte del Monarca. Estaban una tarde ambos, tarde sofocante, en el pasadizo, haciendo esfuerzos extraordinarios de ciclopes para colocar con una operación, la cual hubiera pedido diez hombres, el cajón dentro de la pared y los papeles dentro del cajón. Gamain, agotadas las fuerzas, pues no era tan robusto como el gañán monarca, sudoroso, y en sudor empapado, cual si acabara de bañarse, laténdole al esfuerzo el corazón y las sienes, pidió un vaso de agua, y el rey se lo sirvió fresco, limpio, claro. No tomó el joven las precauciones que se necesitan para beberse un vaso de agua fría en un intenso calor, acompañado de copiosos

sudores. Y aquel vaso, naturalmente contrario á su salud, le cayó en el cuerpo cual si hubiera tomado un veneno. Concluyóse la operación, y el armario quedó enterrado en el pasadizo: disimulada su existencia por el tablero que fingía muy bien la pared; compartido el secreto entre la persona del Monarca y la persona del jornalero. Mas en tal minuto, éste comenzó á sentir las consecuencias de su fatal temeridad; catarro crónico en la garganta, dificultad enorme en la respiración, flojera de los brazos y de las piernas, en las digestiones continua perturbación, en los nervios desarreglo continuo, como si le hubieran dado mal de ojo, según las supersticiones populares, y se creyó envenenado por el Rey, justamente al transcurrir los días en que suscitaban las gentes el problema de la sentencia y de la muerte del Rey.

Mucho le costaba seguramente al cuitado admitir una especie de tal género, en su molera sugerida por su debilidad nerviosa, que intentaba implacable á su propio estado mental. Así, aunque muchas veces le asaltaban los impulsos de delatar el supuesto crimen, y refrenábase otras veces, y traía misericordioso á las mientes, de las mientes al corazón, los favores que le prodigara el Rey siempre, pues tan sólo solicitud y cuidado le debía en sus afectos y en sus recuerdos. Pero, tenía una mujer, la cual no estaba en el mismo caso. Ambiciosa, imaginaba la delación fuente propia para procurar á su marido cuantiosos destinos y enorme celebridad. «Del árbol caído todos hacen leña»; del trono destrozado todos querían llevarse una gran astilla. Las incertidumbres sentidas por el jornalero respecto á los móviles del Rey, presentán-lole un vaso, por él mismo reclamado, fueron en su mujer certidumbres. Y como la debilidad en el cuerpo trae también aparejada una irremediable debilidad en el entendimiento, Gamain ereyóse obligado, antes de morir, á delatar el regio crimen, cohonestando esta innoble delación personal con el amor vivo á la República y á la Francia, quienes quizá encontrarán un alivio supremo en la revelación de aquel secreto. Así, movido por su mujer, fué á casa de Roland, al ministerio del Interior, y, dejándose á la puerta su compañera, entró hasta el gabinete y reveló el misterio. Roland, en este trance, nó procedió como un filósofo estoico; procedió como un jefe apasionado de militante partido en batallas y combates á muerte. No se acordó el ministro de la humanidad y de la justicia; únicamente se acordó de que podía con aquellas revelaciones herir en la derecha la dinastía y el Monarca, en la izquierda los enemigos de su política, Robespierre y Marat. No puede atribuirse la precipitación en recoger para sí solo el secreto y aprovechar para sí solo la delación á temor de que sus amigos apareciesen, por aquellas cartas, también atraídos con el cebo de las corrupciones regias; harto confiaba en ellos, creyéndolos tan puros, bajo este aspecto, como puro él en persona, como pura su soberbia mujer. Él tiraba en tal momento á recoger materiales y pertrechos de guerra, con qué combatir por igual, así á la decaída Monarquía como á la poderosa demagogia. Y no cayó en la inmensa responsabilidad que contraía, y en las tremendas con-

secuencias que pudiera esta responsabilidad acarrearle guardando para sí en aquel terrible período de innumerables delaciones, la mayor y más espantosa delación. Cuando tantos gobiernos había en París y tantas responsabilidades podían á una compartirse con estos gobiernos, Roland no apeló al comité de Investigaciones organizado por la Convención; tampoco apeló á las juntas ejecutivas de los comuneros revolucionarios; tampoco apeló á sus compañeros y colegas de ministerio; tomó de la mano á Gamain, lo condujo al patio; en el patio se entró con él en una berlina, y, yéndose al sitio de las Tullerías por aquella terrible revelación señalado, encontró las cartas, y se las llevó á su casa, no adivinando cómo debía presentarlas al Congreso; y, debiendo presentarlas, no podía conjurar la sospecha de que las había expurgado, cuando en la primera revisión de cosas tan importantes no tuvo ni compañeros, ni testigos sobre quienes declinar una parte de su tremenda y abrumadora responsabilidad. Las grandes catástrofes no se producen de súbito en la sociedad como se producen allá, en el cielo, esos bólidos que estallan y truenan y humean, y hacen temblar la tierra, estremecerse los aires en cualquier día completamente sereno; las grandes catástrofes políticas van aparejándose y apercibiéndose por una multitud infinita de varios aglomerados hechos, los cuales, erróneos y criminosos, al cabo formaban corolario, inexplicable si en cuenta no se tienen hechos como este trágico hecho de haberse guardado para sí Roland secretos, cuya revelación estaba en el caso y en el deber de comunicar con quienes tenían en Francia un poder superior á su poder ministerial.

La equivocación de Roland seguidamente se conoció en el espíritu colectivo, á las emociones por ella despertadas dentro de cada grupo. Los moderados sintieronse aterrados; los partidarios de la delación, alimentada por la sospecha, contentos. El Congreso descolló entre los aterrados. Cada partido en él tembló por temor á las calumnias, contenidas y encajonadas en el vientre de aquella horrible caja de Pandora. Con esta nueva imprudencia mostró la Gironda cómo, creída siempre de que servía en sus propósitos la estabilidad y la conservación, deservíalas en sus actos, ya torpes de toda torpeza, ya temerarios de toda temeridad. Con excepción de sus amigos, todos los amenazados por las revelaciones, se revolieron á una contra el ministro, acusándole de haber sustituido por un juego de manos su propio arbitrio juicio al juicio soberano y legal del Parlamento. Aunque llevó íntegro el total de lo encontrado á la Presidencia, nadie quiso creer en tal integridad. La sospecha de una sustracción meditada en excusa y defensa de los correligionarios suyos comprometidos, le siguió y le persiguió más allá de la tumba. Irritada la Convención en aquellas porciones, donde no entraban los girondinos, encontró tanto más esta ira, cuanto menos medios halló de patentizarla, desahogándola en tan supremo instante. Su comisión de los doce recibió y aceptó el encargo de revisar los papeles, dando al Congreso cuenta de todas aquellas revelaciones insanas, á los diputados relativas y concierne. Los doce, impacientísimos por poseer y devorar el tesoro de tanta valía, ó vali-

ada calumnia, se lanzó con anhelo sobre la codiciada presa. ¡Desgracia de las desgracias! El papel más sobresaliente de todos aquellos papeles, el más interesante para todos, el más transcendental á todo, resultaba el siniestro documento donde se contenía el contrato en que los atrasos impuestos al gran Mirabeau por sus vicios y los dispensios, á estos vicios consiguientes, le obligaban por medio de una coacción inevitable á recibir mercedes en metálico de la corte, no tanto por los servicios á ella prestados cuando quiso detener la revolución en el amplio espacio de sus ideas constitucionales; por el servicio prestado á sus propias convicciones, siempre liberales, nunca republicanas. Desgracia de las desgracias que un verbo tan luminoso, como el verbo de Mirabeau, se contuviera y encerrara en un alma tan pervertida como grande, y esta alma tan pervertida como grande se contuviera y encerrara en un cuerpo regado por el fluor de todas las sensualidades. Otras personas de la revolución aparecían malheridas en su honra, si no por las pruebas abrumadas que pesaban sobre la memoria de Mirabeau, por sospechas tanto más lamentables cuanto que adolecían de una pequeñez y de una miseria que no podían servirle de asedio y de asalto á tan grandes y excelsos ánimos. La corrupción apareció siempre como el recurso de propia defensa y ataque al enemigo más gustoso para Luis XVI. Débil, muy débil, gustábale más comprar que combatir. Y como había puesto casa de compra, todos los zurupetos y todos los ganchos políticos iban á ofrecerle negocios cuya mayor parte se hallaban fundados en la mentira, y eran una pura calumnia, tanto más fácil de infligir á los designados, cuanto menos fácil de comprobar por ningún testimonio legítimo y fehaciente. Cualquier corredor de compras y ventas políticas inscribía el nombre más llamativo en su lista y lo apreciaba en tal ó cual cantidad aportable por el tesoro de las cajas reales. Lo quimérico de tales acusaciones resultaba en términos que hombres tan enfiados en el combate como Guadet ó Merlin, se disculparon de todas con suma facilidad, y vieron admitidas sin resistencia sus disculpas. Aunque muy arraigada la creencia de que junto á las pruebas demostrativas de la corruptibilidad en Mirabeau, aparecían otras pruebas análogas de corruptibilidad en Dantón y su gente, no apareció ninguna, saliendo los dantonianos incólumes en aquella suelta de calamidades. El sospechador sigue y persigue con encarnizamiento tan grande al sospechoso, que los anti-dantonianos, viendo incólume á Dantón, exparcieron la maliciosa especie de que había pasado á Inglaterra, adquirido á peso de oro por Pitt el testimonio de su perversidad. Imaginaos por el espectáculo que la Convención ofrecía, cuando no serpenteaban por sus pavimentos aquel desate de calumnias, cuál nerosis armaría en su malherido cuerpo las revelaciones, ó las amenazas de revelaciones, en que todos podían resultar víctimas. Así, para conjurar la sospecha, y no caer atravesados por las calumnias, muchos convencionales tomaron participación en la puja republicana, que contenía la causa, la sentencia, la muerte de Luis XVI.

¡Cuál trágica situación aquella situación! Para comprenderla se necesita estudiar al Mo-